

Un día en Collioure

Federico Patán

La memoria del exilio español, el reencuentro con una ciudad entrañable y el asombro frente a los hallazgos se entrelazan en esta breve crónica de Federico Patán, autor de Último exilio, Casi desnudo y También Virginia Woolf, para sólo mencionar unos cuantos títulos.

Son dos horas de plácida carretera entre Bellaterra y Collioure. Por tanto, de ocho a diez de la mañana entretengo la vista con las ofertas que el paisaje me hace: montañas a lo lejos, campos de cultivo a mediana distancia, casas rodeadas de pasto, de arbustos e incluso de árboles en las cercanías. En consecuencia, insertas en un apetecible aislamiento que, con su presencia, un auto estacionado declara imperfecto. Una imperfección creada de propósito por quienes habiten el lugar, los que sin duda rechazarían el calificativo que he dado a su vehículo. Antes bien, declararán, se da la perfección en que el vehículo sirva de enlace con el entorno. El espíritu pionero unido al supermercado. Esto voy meditando mientras que observo, a través de la ventanilla del autobús, como de vez en cuando varias viviendas deciden unirse en un intento de aldea o de pueblo y cómo, de pronto, a mi izquierda, un súbito mar limita los expansivos intentos de la tierra. Asentada a orillas de ese mar la ciudad motivo del viaje: Collioure.

Y ¿qué haces tú en Collioure?, pudiera interrogarme alguien llevado de la curiosidad. Pues simplemente cumplo mis (agradables) deberes de congresista. Porque dados los setenta años transcurridos desde la terminación de la Guerra Civil Española, los colegas de Gexel y de la Universitat Autònoma de Barcelona decidieron, generosa decisión, dedicar un congreso a la segunda gene-

ración de escritores exiliados. ¿Segunda? ¿Qué se quiere precisar con ello? La descripción se refiere a quienes, habiendo nacido en España, se hicieron escritores en el país donde fueron asilados. Y digo país porque el congreso me hizo ver que si bien la mayoría del grupo vivió tal desarrollo en México, los hay que han venido cumpliendo esa cuota de años en Cuba, en Francia, en la hoy Rusia, en Uruguay. Los sucesos históricos no parecen terminar nunca, me digo mientras observo cómo nos adentramos por las primeras calles de Collioure. Siempre brotará de algún rincón oscuro un fragmento de testimonio que, no importa cuán suavemente, modificará la imagen totalizadora. Es una más de las fascinaciones que tiene casi cualquier incursión en el pasado.

Bajamos del autobús en una plaza pequeña bastante copada por los autos en ella estacionados. Son parte del grupo Aitana Alberti, Federico Álvarez, María Luisa Capella, Eduardo Mateo, Tomás Segovia, Bernard Sicot, por sólo mencionar a quienes me son más conocidos. Angelina Muñiz-Huberman, presa de una gripa, hubo de quedarse en Cataluña. Porque esas dos horas de carretera se iniciaron en España y concluyeron en Francia. Temeroso de que ese frecuente gusto por el obstáculo que tienen los aduaneros pudiera hacerme pasar un rato incómodo, llevé conmigo el pasaporte probatorio de que aparte de existir como persona existo co-

mo dato cuidadosamente documentado por el gobierno. Desde luego, este último mucho más importante que el anterior cuando interviene algún tipo de frontera. Pero ya estoy en Collioure y nadie detuvo el autobús en punto ninguno del trayecto. ¿Estará la Unión Europea a punto de vencer a la burocracia? Cruza los dedos, Federico, cruza los dedos. Esa deliciosa sensación de libertad se repite hacia las diez de la noche, cuando termina el regreso a Bellaterra.

Pero vuelvo a las diez de la mañana y al descenso del autobús. Como toda sociedad que camina hacia la perfección, ésta de Collioure lo hace cumpliéndole al visitante ciertos ritos indispensables. Por ejemplo, invitarlos a tomar un café, al que en este caso es obligatorio reconocerle una sola virtud: estar caliente. Además, hay bocadillos bastante sabrosos. Queda inaugurada así la jornada de homenaje que cerrará el congreso. Porque, ¿lo ignora alguien que sepa de literatura?, Antonio Machado murió en esta ciudad a poco de haber llegado a ella como exiliado. ¿Se quiere la fecha exacta? El 22 de febrero de 1939. Bien está, sin duda, la idea de concluir el congreso allí donde se encuentra la tumba del poeta. Sin embargo, ya por iniciarse la segunda etapa del programa, descubro que en una sala aledaña a la cafetería han expuesto para la venta libros. ¿Cómo no seducirse con ese canto de sirenas? ¿Cómo iba a dejar de examinarlos? No son muchos los títulos expuestos pero uno de ellos atrae de inmediato mi atención y la sujeta por varios minutos. Es un libro de cuya existencia nada sabía hasta ese momento. Pero es una de las fascinaciones

de la literatura: el siempre ofrecer sorpresas, incluso allí donde no se las espera. En cuanto a este libro en lo específico, lo veo junto a la oferta de otros varios, todos ellos bilingües, todos ellos de edición francesa, todos ellos sobre el exilio del 39. La portada me informa que los dos textos incluidos en el volumen que me atrajo estaban “inéditos hasta hoy”. Tomo un ejemplar y lo hojeo. Es el autor un tal Manolo Valiente, del que tendré información durante el vuelo de regreso a México, cuando mediante la lectura intente apresurar el consumo de las doce horas que dura el trayecto.

¿Por qué comprar ese libro en lo particular? ¿No hay suficientes sin leer en los estantes de mis librerías? Los hay y de sobra para llenar una eternidad de lecturas. Pero ninguno de ellos me había ofrecido como atractivo la palabra Barcarès. En realidad el texto se titula (¿irónicamente?) *Un “rojillo” en el sur de Francia* e incluye poemas del mismo autor que, habiéndolos ya leído todos, me resultan discretos en cuanto poesía e interesantes por su temática. Vuelvo a lo de Barcarès. Fue el campo de detención donde mi padre estuvo preso hasta su salida a México. Ocurrió ésta en julio de 1939 y la presencia de Valiente se dio en ese lugar más o menos a partir de tal fecha. No tuvieron entonces, mi padre y el autor, oportunidad de conocerse. O tal vez, ¿entra el narrador aquí?, se cruzaron en algún momento sin prestarse atención. Pero la descripción que Valiente hace de Barcarès me permite recrear las duras condiciones en que vivió allí mi padre. Hombre un tanto retraído, por lo menos conmigo, guardaba para sí la mayoría de lo



Collioure, Francia



Antonio Machado



Collioure, Francia

ocurrido en su vida. Mas de lo poco que platicó de su estancia en Barcarès esto guardo muy firme en la memoria: fueron varios meses de mal comer y pésimo dormir. Arena que simulaba una cama y lentejas o garbanzos para llenar la barriga. Un rincón de la playa se volvió retrete comunitario. Por tanto, el libro de Valiente era compra inevitable y comprado fue.

Ya en el avión de regreso a México, me dedico al libro. Junto con *Entre alambradas* (1988), de Eulalio Ferrer, me permite recrear mediante la imaginación lo que fueron aquellos meses de encierro sufridos en los campos de detención, campos ideados por los franceses para, dice la leyenda, dar asilo a los españoles que allí iniciaban su trasterro. Refiriéndose a Barcarès mi padre hablaba de arena y lentejas. Por su parte, Valiente menciona un dormir “sin camas, sin mantas. Simplemente sobre la arena...”. Agrego lo siguiente: Barcarès “es un casillero de arena / para aburrirse y desesperarse / geométricamente”. ¿De quién las palabras? De Celso Amieva en su libro *Almohada de arena* (publicado en 1960 en México). ¿Por qué Celso Amieva? Porque en el libro de Valiente se da un fragmento de lista donde se enumera a varios de los muchos prisioneros que por Barcarès pasaron y uno me llamó la atención: Álvarez Posada, José... Si agregamos un María que en la lista no aparece tendremos José María Álvarez Posada, nombre real de quien se declararía poeta con el seudónimo de Celso Amieva. Ya en México busco en mis estantes el libro de Celso (tengo su obra completa porque fuimos muy amigos) y en el libro de Celso encuentro un poema titulado “Al escultor Manuel Pérez Valiente, autor de una cabeza de don Quijote”. Las piezas agregadas van creando una imagen enriquecida de lo que fue la vida en Barcarès. No dudo que el futuro agregará otros fragmentos.

Pero vuelvo a Collioure. Terminado el intermedio para el café vino la siguiente etapa de la excursión: visitar los lugares por los que anduvo Antonio Machado. Collioure debe haber cambiado, que setenta años no pasan en balde, según afirma con razón el lugar común. Y sin embargo, para mí que mucho conserva de lo que a lo largo del tiempo fue siendo. Al menos, tal me hace pensar la caminata por ella: calles empedradas, estrechas, muchas de ellas en inclinado ascenso hacia el remate de un cerro. De pronto un hotelito, en una de cuyas paredes hay una placa. En la placa un nombre: el de Antonio Machado. Me entero así de los escasos días que allí vivió el poeta antes de permitirle a la muerte convencerlo de morir. Seguimos el paseo y voy captando para el recuerdo detalles que se dirían sin importancia y que, sin embargo, la tendrán cuando los rememore: un bar diminuto, sólo dos clientes a la barra, uno de ellos con boina; una mujer ya añosa camino del mercado, si he de creerle a la bolsa que lleva en la mano; una iglesia modesta y sin embargo interesante, que en todo lo que vamos mirando puede encontrarse algo de interés para las memorias que habrán de crearse; una reja de inmediato, que permite la entrada a lo que parece un jardín. Rectifico sin tardanza: es un breve cementerio. El de Machado, cuya tumba se haya en un rincón hecho de soledad y de silencio.

Lamento no estar solo ante la tumba de Machado. Me gustaría meterla en mis recuerdos a partir del diálogo sostenido exclusivamente entre ella y mis ojos. Dudo que vaya a concedérseme un segundo viaje a Collioure. Por tanto, que nada escape a tu mirada es el consejo que me doy. Aitana, hija de Rafael Alberti, dice unas palabras sencillas pero eficaces y alguien cuyo nombre se me ha escapado lee varios poemas de Machado. Mien-

tras todo esto va sucediendo, un convencimiento nace y se fortalece en mí: Machado pertenece a Collioure. ¿Por qué?, me pregunto de inmediato. Porque aquí, enterrado en el destierro, representa a cabalidad el significado de exilio. Es decir, representa primero el exilio personal, luego aquél de todos los huidos de España al concluir la Guerra Civil y enseguida aquél a todos perteneciente, este último una especie de símbolo general. De haber sido enterrado en Sevilla o en Soria, Machado representaría muchísimo menos de lo que hoy significa. En Collioure el poeta resume todos los exilios que en el mundo han sido.

Ceremonia sencilla y breve, la visita a la tumba de Machado desemboca en otro tipo de actividad: comer. Así, lo espiritual se une a su complemento inevitable y apetecible: lo biológico. Nos llegamos al restaurante elegido gracias a un paseo que concluye en la bahía, donde se halla el local. La bahía nos obsequia una atmósfera tranquila, con presencia de un sol amable. El restaurante, justo frente a la bahía, tiene dos pisos. Y es de mencionarse esto porque, llegado el grupo a la puerta un hombre, seguramente el dueño, nos detiene con un gesto de la mano. Algo dice. Parecen no entenderlo. Aparece uno de los organizadores del congreso. Algo le dice el hombre. Esta vez lo entienden. Hete aquí que la respuesta es sencilla. El hombre simplemente quiere una división del grupo. Porque el día anterior, en Bellaterra, elegimos el platillo fuerte en el menú que nos presentaron. Así, quienes ordenaron pescado han de subir al segundo piso, quienes optaron por la carne se quedan en la planta baja. El resto del menú es igual para todos. Sin descuidar la plática surgida entre los comensales, aprovecho instantes para grabarme el pai-

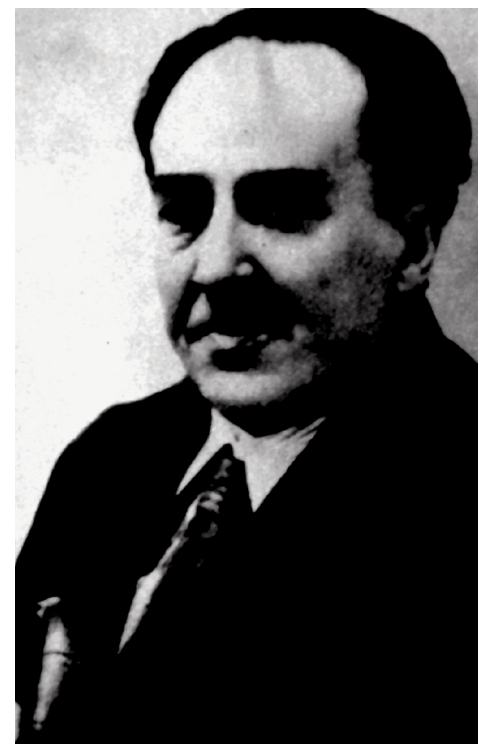
saje que tengo ante mí. La bahía es casi redonda, forma que le dan dos brazos de tierra que penetran en el mar. Casi donde se inicia el brazo de la izquierda se levanta un castillo de medianas proporciones junto a una iglesia que supongo muy antigua. A la derecha hay otro castillo, mayor de tamaño. Un tercero, difícil calcularle sus dimensiones, se levanta en lo más lejano del horizonte.

Este rincón fronterizo de la Francia catalana, situado en los Pirineos Orientales, me está seduciendo de una manera muy callada y por lo mismo eficaz. Ningún esfuerzo me exigiría el pasarme en él unos días, una semana o un mes incluso. Me veo en una terraza, ante un chato o un solo, acaso leyendo por el simple gusto de leer, tipo de actividad que en ocasiones me está vedado por cuestiones de trabajo, lo cual no significa que la otra lectura, la obligatoria, me disguste. Ya de regreso en México me enteraré, Internet mediante, que Collioure es un lugar de escasos habitantes. Pocos más de tres mil en el 2006. Me enteraré de que es un lugar de veraneo nada reacio a darle bastante publicidad a sus costas y a sus hoteles. Veo el despliegue de fotos en la pantalla de mi computadora y regreso a la imagen que conservo de la tumba donde Machado reposa. Vuelvo a la excursión en autobús y recuerdo que, en viendo los indicadores de carretera señalando hacia Argelès, hacia Barcarès, esas señales me significaron anécdotas relacionadas con el exilio de mi familia y, entonces, no quiero revolverlas con lo que es el presente. Que cada etapa responda a su condición histórica.

Por tanto, ¿cuándo nació esta breve ciudad? A ella parece referirse Antonio de Nebrija en el prólogo a su *Gramática* cuando habla de Colibre. Entre los monumentos que se recomiendan al turista aparece un castillo



Hotel en el que vivió Machado en Collioure



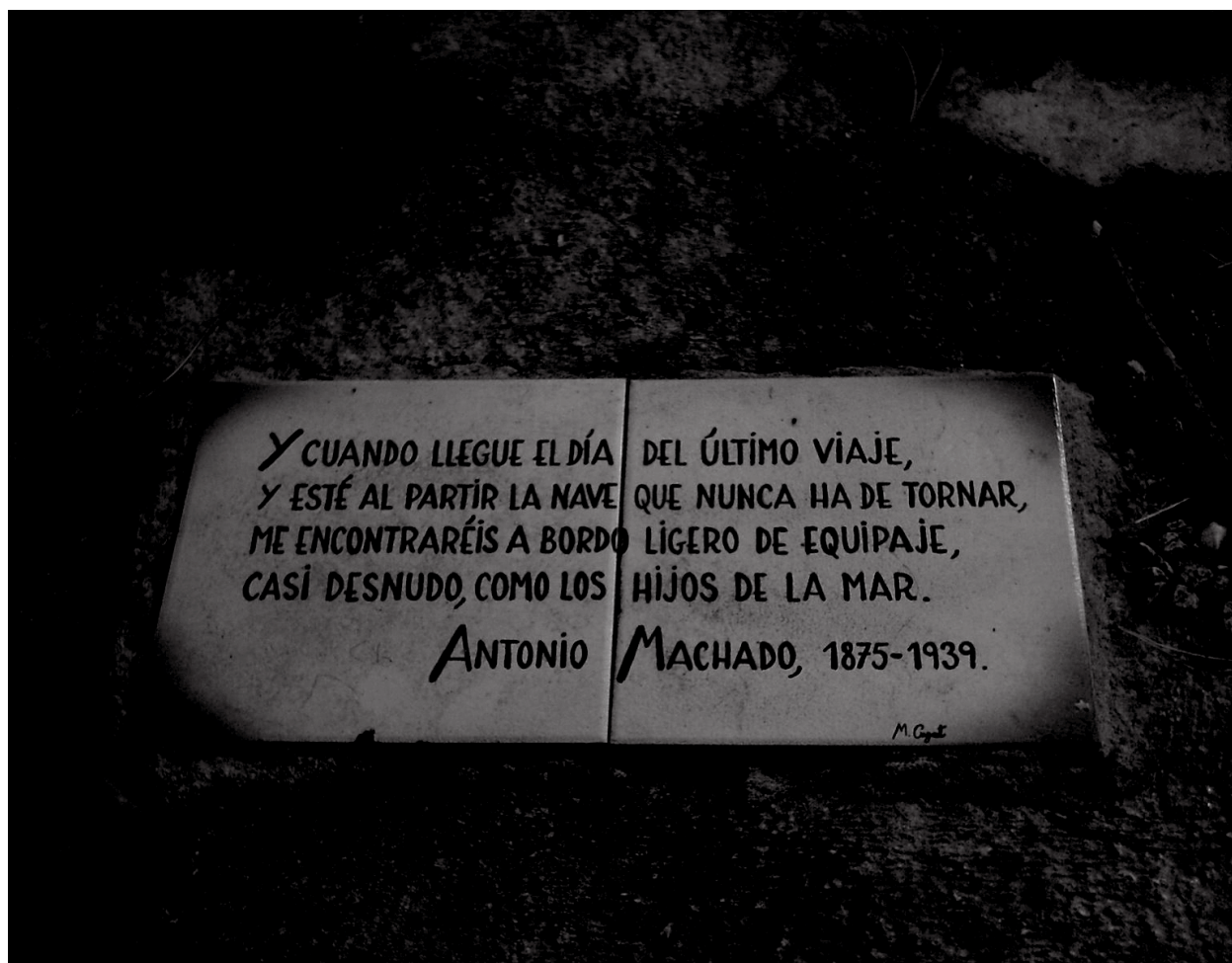
Antonio Machado

de los templarios, construido en el siglo XII. También se recomienda visitar la tumba de un cierto Antonio Machado, aunque a ésta van mayoritariamente los visitantes españoles. Y claro, es de saber que en Collioure pasaron un tiempo Braque, Derain, Matisse, Picasso. Según los especialistas, el mismo impulso parece haberlos llevado a ese lugar: la luz de su atmósfera, de una transparencia absoluta y dominadora. La luz y la tranquilidad, ésa que de pronto ansiamos tanto en las urbes donde nos ha tocado vivir, donde quizás hallamos elegido vivir. Al parecer, en Collioure decidió quedarse Patrick O'Brien (1914-2000). En Collioure está la tumba de este autor que de pronto me suena conocido y de pronto creo desconocer. Busco datos. Los encuentro, claro. Mencionaré alguno de ellos: es autor de una serie de veinte novelas (la veintiuna quedó inconclusa) ocurridas durante las guerras napoleónicas. ¿El protagonista de ellas? Jack Aubrey, al que suele acompañar otro personaje llamado Stephen Maturin. La información obtenida me deja la impresión de que resultará divertido leerlas. A la vez, queda en mí cierto temor a encontrarme con una literatura meramente entretenida. ¿Cómo resolver la duda? Leyéndolo, claro. Pero desde los estantes donde viven, a veces desde hace muchos años, los libros por leer varios de ellos me recuerdan, severos, que tienen prioridad.

Yendo hacia Collioure iba seguro de mi propósito: cerrar mi participación en el congreso conociendo por

fin la tumba de Antonio Machado. Lo hice. Sin embargo, tiempo atrás no desconocía yo la existencia de esa ciudad pero sí la de esa tumba. Porque Collioure despertó mi curiosidad en la colonia de los Doctores, donde vivía por allá de 1947. Puedo precisar el año porque en la calle de doctor Erazo me enteré de la muerte de Manolete, ocurrida por entonces. En algún momento descubrí en el dormitorio de mis padres un libro de edición muy humilde, con las pastas de cartoncillo y un dibujo sencillo (¿o simple?) en la portada. Se llamaba, ¿estaré recordando mal?, *Los de Collioure*. El título nada me decía. El dibujo sencillo de la portada mucho: alguien torturaba a alguien. A este alguien aquel alguien le había introducido un embudo en la boca y lo obligaba a hincharse de agua. Esto vale la pena de leerse, me habré dicho, que parece una buena novela de aventuras. Pero el libro desapareció y desde entonces me pregunto si no habré sido víctima de una fantasmagoría.

De cualquier manera, ahí están los diversos Collioure: el que se me extravió cuando niño, el que años más tarde se me apareció en las anécdotas oídas de los exiliados españoles, el que me fui construyendo a partir de la invitación al congreso y el que me recibió con amabilidad cuando por fin paseé sus calles. Y acaso haya uno último en el futuro, que aguarde pacientemente mientras se fabrica la excusa que ha de llevarme a él. **U**



Tumba de Antonio Machado en el cementerio de Collioure